XVII. CONCURSO DE RELATOS CORTOS

REPSOL - YPF

Primer Premio en Versión Castellana

Título: «RISAS TEMPRANAS»
Autora: OLALLA IGLESIAS SÁNCHEZ-
BIEZMA
Centro: I . E. S. TERRA DE TRASANCOS
(Narón-A Coruña)

AÑO 2.004

Risas tempranas

Olalla Iglesias Sánchez-Biezma

Ella estaba allí sentada, en un banco del parque, un banco de madera oscura y raída, los columpios viejos y roñosos se balanceaban mientras eran acariciados por la brisa atlántica de un atardecer de verano. Los árboles del parque, un gran roble y sauces llorones que lloraban por llorar, caían sobre la arena graba de las pistas. El olor a jazmín, esos que huelen mucho en verano, y demás flores, inundaban el aire y hacían que el ambiente fuese más perfecto de lo que y a era. Nubes rojizas y anaranjadas cubrían el oeste reflejándose en la inmensidad del mar por el que circulaban algunos veleros.

Ella estaba con las piernas cruzadas y movía alegremente el pie derecho. El pelo rojizo le caía por la espalda hasta la altura de los hombros y el vestido naranja de flores que llevaba la hacían parecer mayor.

Otra vez comenzaba el verano, y yo de nuevo a pasear todas las tardes por el parque, con mi bastón y mis zapatillas, a ver pasar a muchos y conversar con pocos.

Esa tarde fue la primera vez que la vi. «¡Qué joven más hermosa -pensé- quién pudiera estar otra vez en la flor de la vida...!»

Poco después llegó él, en una de esas «bicis» destartadas, pero que sin embargo tienen de todo; pantalón vaquero por las canillas, unas deportivas azules y una camisa negra.

También era guapo, pero «tiene el pelo demasiado encrespado» -pensé. Primero estuvieron hablando y ella de vez en cuando soltaba risas vergonzosas y sus mejillas se tornaban rosadas como las nubes de aquella tarde de verano.

Dos niños jugaban con una pelota, jugaban a pasarse el balón con el pie, reían, gritaban y saltaban; la niñera los llamaba a la misma hora para merendar. El menú, yogurt y plátano, como de costumbre. Y en el banco del otro lado del parque había un mendigo, barba canosa, ropas sucias y un perro tan viejo y tan sucio como él.

Así se pasaron las tardes de aquel verano. El mendigo, su perro, los niños, la niñera y yo y después, aparte los dos jóvenes, sobre todo ella, me llamaba la atención ella.

Risas, chistes, sonrisas, unas veces el vestido rojo y naranja, otras veces una falda verde, el pelo suelto o una trenza, más risas y una bici aparcada en el sauce llorón que lloraba por llorar.

Un día tras otro, de siete a diez en el parque, hasta que salían las estrellas; si hacía viento se cobijaban debajo del tobogán amarillo, y si llovía se ponían debajo del gran roble y seguían riendo. Hasta que daban las diez y con la bici se iba uno y con una sonrisa se iba la otra.

Había días que él le enseñaba a patinar en la pista de baloncesto y otros que se tumbaban en el campo y miraban la forma de las nubes. No perdían el tiempo, pero sobre todo reían.

Llegó el treinta de agosto y de siete a nueve y media todo ocurrió como de costumbre, aunque esa tarde hacía frío. A las nueve y media él le dio algo, una pulsera, creo, un beso en la mejilla y se fue. Yo estaba al otro lado del parque, lo vi pedalear con fuerza y desesperación; pasó a mi lado con la cabeza gacha y sorbiendo por la nariz, creo que iba llorando. Todo sucedió muy rápido, no miró al frente, ella ya se había ido, unos metros más adelante su bici se cruzó con el balón de los niños y mientras caía, todo un verano con estrellas, nubes, patines, brisa atlántica, jazmines de esos que huelen mucho en verano, un banco roñoso de madera gastada, un gran roble y sauces llorones que lloraban por llorar, se hacían trizas en un inmenso pesar que caía, al mismo tiempo que se hacía de

noche permanentemente para una historia llena de sensaciones y sentimientos que desaparecían como el sol todas las tardes de ese verano.

El caso es que se dio con una piedra en la cabeza y se mató.

Al día siguiente no esperé que apareciese nadie, el cielo seguía rojo y naranja y lo que habían sido atardeceres alegres y risueños, se convirtieron en ocasos tristes y melancólicos. El mendigo y el perro seguían en su banco, y los niños y la niñera no estaban, parecía que los árboles llorasen más que nunca, pero en cuanto me di la vuelta la vi venir, con su vestido naranja de flores rojas, paso lento pero decidido, cabeza gacha y el pelo en dos trenzas, una a cada lado de la cabeza.

Pasó frente a mí como un fantasma y se dirigió hacia el banco. Se tumbó en la madera carcomida y se colocó la pulsera en el pecho. Allí se quedó, inmóvil, confusa, llorando y con el corazón en un puño. Dejó que se acercara el perro del mendigo y se tumbara a su lado, y mientras que con su mano acariciaba al perro, con la otra jugaba con una rama del sauce llorón, que ese día no lloraba por llorar.

Antes de irse dejó un jazmín, de esos que huelen mucho en verano, sobre el banco, sonrió por última vez y no pudo aguantar las ganas de echar a correr hacia algún sitio.

No la volví a ver, ni siquiera sé su nombre, pero supongo que me llamó la atención por su forma de reír. No entiendo por qué una historia de verano debe terminar así, quizá eran risas demasiado tempranas, aunque por otro lado no debería de haber edad para sonreír.